

3.6. Moralidad

Desinterés

[...] mis actos se encaminan a defender con lealtad y sin ambición personal el decoro de mi patria.

Queremos probar a los pesimistas que el patriotismo no se invoca para alcanzar prebendas y puestos públicos; se demuestra con hechos tangibles, ofrendando la vida en defensa de la soberanía de la patria, pues es preferible morir antes que aceptar la humillante libertad del esclavo.

Juro que no quiero recompensa personal alguna.

En lo que se refiere a mi dinero, ya puede usted ponerme de coronilla, que de mis bolsillos no caerá un triste cobre.

[...] que hagan las rectificaciones: que soy un bandido porque no he entrado en la almoneda pública y porque sobre todas las cosas está mi patria, la patria que todos soñamos libre y grande.

[...] por encima de todas mis facultades se encuentra mi honradez para la causa de la libertad de Nicaragua; así como mi fuerza de voluntad inflexible, hasta verla libre completamente.

[...] si alguna vez yo cometiera, porque soy humano, un error para la causa que defendemos, lo haría involuntariamente, nunca por malicia, como hacen los corrompidos políticos de oficio.

[...] la entrega absoluta y desinteresada: factor esencial para el hombre o los hombres que deben, en una u otra forma, afrontar la resolución del problema angustioso que en la hora presente atraviesa nuestra nacionalidad.

Esta lucha está completamente desligada de todo interés económico, y por el dinero se siente el más profundo desprecio en los campamentos de nuestro ejército.

Con la intención de desvirtuar ataques que por la prensa se han hecho a la idealidad del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, me propongo publicar documentos que comprueban la moralidad de nuestros actos y la fidelidad a nuestros principios de fraternidad latinoamericana, y publicar asimismo documentos procedentes de las personas que han pretendido exhibirnos ante nuestros pueblos como incapaces de sustentar principios, en defensa de nuestro propio ejército contra los desechados que nos atacan sin justificación.

Nuestro ejército es el más disciplinado, abnegado y desinteresado en todo el mundo terrestre, porque tiene conciencia de su alto papel histórico. No importa que plumas rastreras nos den el calificativo de “bandidos”.

¡Fieles hijos de Nicaragua!, emprendimos la lucha sobre la base de sacrificios; nos han atacado diciéndonos saqueadores y bandoleros. Cualquiera se imaginaría que tenemos riquezas. Quisiéramos que llegaran hasta nosotros nuestros mismos adversarios para que en las puertas de nuestros sentimientos patrióticos contemplan la realidad de las cosas.

¡Ah, creen por ahí que me voy a convertir en un latifundista! No, nada de eso; yo no tendré nunca propiedades. No tengo nada. Algunos dicen que eso es ser necio, pero no tengo por qué hacer otra cosa.

Sacrificio

Ayer recibí su comunicación y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí lo espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo y cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan.

Mi respuesta fue: “Os estoy agradecido, camaradas, si nuestra patria necesita nuestra sangre, ofrezcámosela en holocausto”.

Antes que la República se entregue a los extranjeros por la traición de algunos de sus hijos, será preciso el exterminio de todos los nicara-güenses.

[...] defender la soberanía de mi patria, aunque para ello tengamos que ofrendar nuestras vidas en aras de la libertad.

[...] si por azar del destino perdiera todo mi ejército, que no lo creo, quede usted entendido, mi estimado amigo, que en mi arsenal de guerra conservo cien quintales de dinamita, los cuales, al colocarme en su centro, encenderé con mi propia mano para que en el cataclismo que produzca dicha explosión, la repercusión de esa detonación, se oiga a distancia de cuatrocientos kilómetros y quienes tengan la dicha de oírla, serán testigos de que Sandino ha muerto, pero que no admitió que manos profanas de traidores e invasores profanasen sus despojos, pues sólo Dios omnipotente y los patriotas de corazón sabrán juzgar mi obra.

[...] nuestro ejército es el primero del mundo en abnegación para el sacrificio, en disciplina y en desinterés por todo interés material, porque consciente de sus actos, llega y mantiene un ideal, tanto en lo que hace a Nicaragua como en lo que se refiere a la fraternidad de los hombres. No existe entre nosotros pedantería militar alguna, ni hay

ambiciosos de mala fe, y por eso no hay traidores en las filas de este ejército emancipador.

Nuestro ejército no está dispuesto a pedir cacao al enemigo, y siempre hemos estado dispuestos a la muerte o a la victoria, y no sería posible que hoy, que ya hemos abierto conciencia en nuestro pueblo, fuésemos a humillarnos al enemigo.

Invité a muchos del ejército a mi mando a quedarse en sus hogares. Eso lo hice con aquellos en quienes no comprobé resolución para el sacrificio.

[...] yo creí, al meterme en esta empresa, que no saldría nunca de ella sino muerto. Consideré que eso era necesario para la libertad de Nicaragua y para levantar la bandera de la dignidad de nuestros países indohispanos.

La alegría de luchar

Que nuestras voces se oigan en [la Conferencia de] La Habana; a los hombres no les faltará el coraje moral de decir la verdad sobre nuestra desgracia. Que digan cómo el pueblo de Nicaragua, que lucha y sufre valientemente, está resuelto a hacer cualquier sacrificio, hasta llegar incluso a su propia exterminación, para defender su libertad. Serán nulos los resultados de La Habana si el ideal de los pueblos de habla española no se cristaliza; y si dejan que seamos asesinados hasta el último hombre, tendremos el consuelo de saber que cumplimos con nuestro deber.

[...] ya hemos logrado abrir conciencia en nuestro pueblo, dulce tarea que me he impuesto voluntariamente.

Mi conciencia está tranquila y gozo con la satisfacción del deber cumplido.

No importa que se nos califique de bandidos. Muchos de nuestros enemigos que tengan la oportunidad de leer el presente escrito, querrían sentir la satisfacción del deber cumplido que sentimos los miembros de nuestro ejército, quienes a pesar de los despechados, han salvado el honor de nuestra familia nicaragüense ante los hombres libres de la tierra.

[...] juro ante la patria y ante la historia, que mi espada defenderá el decoro nacional y que será redención para los oprimidos.

Cuando yo me uní al Movimiento Constitucionalista lo hice con el firme propósito de libertar a mi país o morir, y como no hemos obtenido efectiva libertad, ni aún he muerto, continuaré con mi propósito original. Nuestras armas no serán abandonadas porque ellas represen-

tan la enérgica protesta de mi patria, y por eso sus amenazas no tienen importancia para mí y no me importa de quién sea usted representante.

Cualquiera creerá que haciéndonos muchas bajas caería el ánimo de nuestro ejército, pero hoy más que nunca nos encontramos impacientes porque salgan en busca de nosotros los traidores invasores de nuestra patria, y confirmar así la firme resolución que tenemos de terminar con nuestras vidas si es que no podemos disfrutar de la verdadera libertad a que tenemos derecho los hombres.

Nosotros iremos hacia el sol de la libertad o hacia la muerte; y si morimos, nuestra causa seguirá viviendo. Otros nos seguirán.

[...] si no se retiran los bucaneros [...] continuaré con mi ejército combatiendo a los invasores y a los vendepatria; y es más, si el mismo ejército no quisiera continuar con la acción libertadora por cualquier motivo que juzgue poderoso, yo me quedaría “íngrimo”, haciéndoles a los bucaneros un tiro por aquí y otro por allá, sin darles cuartel jamás.

Y allí seguiremos, hasta que obtengamos la libertad o caigamos en la lucha.

Yo estoy en la brecha aún fuera de Nicaragua. En todo momento estoy expuesto, y al salir de Nicaragua lo hice en una corona de ametralladoras, en número de veinticuatro; y aquí como en cualquier parte puede alcanzarme la mano de mis enemigos.

No hay, pues, lugar a tristezas ni desesperaciones, porque esas cosas son hijas solamente de la irresolución y la cobardía, y de esa clase de seres la humanidad no podrá esperar ningún beneficio.

Solidaridad humana

[...] nuestros humanitarios corazones se abrieron a la crítica que sufriríamos si hubiésemos terminado de la mejor manera posible, cual era la de dar fuego a las dos manzanas de casas en las que los invasores y los felones se habían refugiado después de alardear tanto de sus fuerzas. Las familias dueñas de las dos manzanas en cuestión me rogaron con lágrimas en los ojos que considerara la pobreza en que quedarían si les quemábamos sus casas, y considerando que los que me suplicaban eran mis conciudadanos, sacrifiqué la victoria y así fue como ese montón de cerdos quedó vivo, ya que puse el interés de mis conciudadanos sobre la gloria de mi patria.

Me dirijo a ustedes, traidores, impostores, rufianes, sobornados, panfleteros: poneos de rodillas todos vosotros porque voy a invocar el

sagrado nombre de mis inconquistables hermanos que han muerto defendiendo la libertad de Nicaragua: Rufo Antonio Marín...

Continuando usted la política de Coolidge y Kellog, continuará encontrando Sandinos. En la razón, la justicia y el derecho, tengo afianzada mi actitud contra la política que usted desarrolle en mi patria.

[...] nuestra causa triunfará porque es la causa de la justicia, porque es la causa del amor.

Un golpe mortal, terrible, se sintió en nuestra columna al sucumbir el general Blandón, pero nadie desmayó y antes bien se dirigieron al Cabo de Gracias, en donde se tomaron el puerto y destruyeron la radio.

Terriblemente impresionados nos hemos sentido al tener la fatal noticia de haber sucumbido en el combate de Palacagüina nuestro queridísimo hermano y glorioso general Miguel Angel Ortez y Guillén. También fue terrible y sorprendente para nosotros la muerte de nuestro querido hermano general Pedro Blandón. Nuestros corazones se sienten embargados de pesar, y en medio del pesar se nos vienen oleajes de cólera mayor contra el enemigo.

El tiempo y la historia se encargarán de decir si los bandidos están allá o en las Segovias nicaragüenses, en donde reinan el amor y la fraternidad humanos.

Algún día —en el futuro— Rufo Marín resucitará del mármol, en el sitio mismo donde regó su sangre. Un artista debería labrar los rasgos de belleza varonil y altiva de su gallardísima imagen.

Dignidad

Yo no estoy dispuesto a entregar mis armas... porque es preferible hacerme morir como rebelde al fuego y no vivir como esclavo.

No importa que se me venga el mundo encima; cumpliré con un deber sagrado. Por todo lo dicho protestaré por mi propia cuenta, si es que no hay quien me secunde.

[...] el vínculo de nacionalidad me da derecho a asumir la responsabilidad de mis actos en las cuestiones de Nicaragua y, por ende, de la América Central y de todo el continente, por el bárbaro invasor.

Cuando un gobierno no corresponde a las aspiraciones de sus conacionales, éstos, que le dieron el poder, tienen el derecho de hacerse representar por hombres viriles y con ideas de efectiva democracia, y no por mandones inútiles, faltos de valor moral y de patriotismo, que avergüenzan el orgullo de una raza.

Todo en el niño expresaba la protesta viva contra la civilización actual y lo que encerraba de sorpresa en la mirada todavía hace que el recuerdo de aquella escena suba incontenible la emoción a mi garganta. Fue incorporado en nuestras fuerzas porque no hubo medio de convencerle de que no podía resistir, debido a su edad, las rudezas de la guerra [...] y hoy, en vez de los harapos, luce hermoso uniforme, conocimientos que en la lectura y escritura ha adquirido en nuestro ejército. Es un niño-hombre.

De los intimidados en Tipitapa el 4 de mayo de 1927, solamente los maliciosos, los pusilánimes y los irresolutos, se humillaron ante el ruido de las grandezas yanquis.

¡Animo, nicaragüenses! Yo estaré con vosotros en una hora que se acerca. Ya el invasor se amilana y presiente el peso de la ira popular. Ya el invasor lía sus maletas, se retira repartiendo bofetadas. Dichosamente, ya habéis dado ejemplos de que no estáis dispuestos a presentar la otra mejilla. Ese es vuestro deber.

Nadie se atreverá a decir lo contrario, de que solamente el reconocimiento de mis deberes de ciudadano nicaragüense y el amor a mi patria me inspiraron a poner mi renuncia, el día 6 de mayo de 1926, ante la *Huasteca Petroleum Company*, del cargo que en los campos petroleros de Cerro Azul, Veracruz, desempeñaba, cuando la prensa mundial dio la noticia de un levantamiento en armas de la Costa Atlántica de Nicaragua, encabezado por Luis Beltrán Sandoval, contra los usurpadores del poder nacional.

Hasta ahora no ha habido persona alguna que se haya atrevido a hacerme proposiciones para claudicar; pero si alguna vez alguien lo hiciera, le abofetearía el rostro, pues no me considero un negociante con mi misma patria.

Igualmente quede entendido que mientras en Nicaragua existan invasores, estén vigentes los tratados, pactos y convenios celebrados entre los gobiernos de Estados Unidos de Norteamérica y los impuestos por ellos mismos en Nicaragua, no habrá paz, ni habrá garantía de vida ni de intereses. Así mismo tengan entendido que no hay ninguna responsabilidad de nuestra parte. Desde luego que hemos sido provocados y es de nuestro deber la defensa.

No quiero luchar contra mis hermanos. Pero si fuéramos a la montaña, es que nos echan, que nos obligan a hacerlo. Vea usted lo que está pasando.